

Baña gertaera ura aski da *Eleazar* Españiarraren izena merezi izateko.

Bitartean ¿zer egin zuen onako Zumarragako beste galai gazte ark? Joan zan Italiako gerretara, eta an ill zan beste asko bezela.

¿Zebatez ederragoa dan Areizagaren omena! ¿Zér gauza aundia-go ta umantsuagorik besteren biziagatik berea arriskuan ipintzea baño? Eta orren ondoren, ¿ezer egin ezpalu bezela isiltasunean gordetzea bere azaiñ miragarriak? Orregatik esan zuen Tirso de Molina zeritzaion biursari gañ-gañekoak, Euskalduna zala egiten bulardetsua, mintzatzen isilla. «*Valiente en obras y en palabras mudo.*»

KARMELO ECHEGARAY-KOAK.

PROPÓSITO DE ENMIENDA.

Yo no sé por qué los cocheros en general tienen fama de borrachos, cuando en el gremio, como en todas las profesiones, habrá individuos que no prueban más que el agua.

Pero ello es que si decimos de un auriga que va *alcoholizado*, la gente encuentra muy natural la cosa y estima circunstancia inherente al *elevado* cargo que este ocupa.

El irascible Juanuco las cogía á todas horas, en el pescante, á pié, por la mañana y por la tarde.

La taberna era, para él, el templo de la alegría y las *papalinas*.

Mientras su desvencijado coche enganchado á escuálido jamelgo no estaba ocupado por el público, que era la mayor parte del dia, entraba nuestro hombre en la cantina más próxima á la parada y se pasaba las horas muertas empinando el codo.

El resultado de sus diarias libaciones motivaba que entrara por las noches en su casa completamente beodo y que por primera providencia arrimase á su pobre mujer un gran pié de paliza, causando el escándalo del vecindario.

La mártir de las brutalidades del esposo vivía de la caridad pública, porque este no la daba más que malos tratamientos. Con frecuencia tenían que intervenir los vecinos para evitar una desgracia, pero el escándalo iba en aumento y en varias ocasiones tuvo Juanuco que dormir la mona en la prevención. Una noche, en la que su *jumera* llegó á alcanzar las proporciones de una verdadera locura, tras de la paliza acostumbrada arrojó á su mujer á empellones por la escalera causándola en la espalda fuertes contusiones.

En el juicio de faltas, el juez le increpó duramente afeándole su conducta y el repugnante vicio que era causa de ella, le llamó cobarde, diciéndole que era una gran bajeza pegar á una mujer, máxime si ésta era la suya, y criminal gastar en vino el dinero ganado para la manutención de la familia.

Tal impresión produjo en Juanuco la filípica del juez y la condena que le siguió, (sin duda le cogió en un buen cuarto de hora), que juró firmemente enmendarse y no volver á beber en los días de su vida más que agua.

Dispuesto á cumplir su palabra, á la mañana siguiente se dirigió con su coche al punto de parada y por primera vez desde que ejercía el oficio permaneció junto á su rocinante sin entrar en la acostumbrada taberna.

Durante el día y mientras prestando servicio corría por esas calles con su destartalado vehículo, los establecimientos de bebidas que veía al paso eran para él otros tantos faros luminosos que le atraían con irresistible imán, pero firme en sus propósitos les dedicaba una expresiva mueca y encogiéndose de hombros se decía mentalmente:

«El vino se acabó para tí, Juanuco, y en vano será que intentes volver á las andadas.» Y con singular asombro de los que ocupaban su carruaje rehusaba las propinas, alegando que no servían más que para fomentar el vicio.

Por la noche, después de haber dejado el coche en la cuadra, se dirigió tranquilamente á su domicilio, cuando le ocurrió que los malos ratos que había hecho pasar á su mujer bien merecían una recompensa, y como se hallaba en su cabal juicio, cosa que por primera vez le sucedía en muchos años, á aquellas horas, reflexionó de esta suerte:

—«Soy pobre, pero un pobre puede ser á su manera galante con su mujer. ¿Qué la llevaré? Comestible no, porque so pretexto de regar las fauces aparecería el obligado acompañamiento de tinto y peligraría

mi promesa y no quiero tentaciones, ni aun bajo el pretexto de obsequiar á mi compañera. ¿Un vestido? Me faltan recursos para ello. La compraré un pañuelo para el cuello, y dicho y hecho, entró resueltamente en una tienda, mas al apercibirse de que equivocadamente habia entrado en una taberna, salió como alma que lleva el diablo.

Repuesto del susto compró el pañuelo, y ya se encaminaba todo satisfecho hácia su casa, cuando al pasar frente á una de sus favoritas cantinas las alegres voces y cánticos de algunos compañeros de profesion le hicieron titubear. «*Juanuco adelante, mira que te pierdes Juanuco.*» Y dominando su voluntad continuó su camino. Como vivia en un barrio muy apartado y hasta llegar á su casa tenia que pasar por delante de muchos establecimientos de bebidas, puede suponerse el lector la lucha que consigo mismo sostendria el automedonte á la puerta de cada taberna, y las torturas que el infeliz pasaria para evitar el volver á caer en el vicio.

Contento en extremo como el que ha cumplido un sagrado deber, llegaba ya nuestro hombre á la puerta de su domicilio. No le faltaban más que dos pasos para atravesar el umbral; pero antes se detuvo y hablando entre dientes murmuró:—«*Muy bien, Juanuco, muy bien, veo que eres un hombre de honor, que te has portado como un héroe y has cumplido tu palabra.*»

Y agarrándose con una mano la solapa de su levitón:—«*Vamos, querido, en recompensa de tu fidelidad voy á pagarte un vaso de vino.*» Y alegre como unas castañuelas, entró en la taberna que se hallaba en frente de su casa.

ALFREDO DE LAFFITTE.

